

# LA UNIDAD CATÓLICA,

- Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

## LA ITALIA SIN EL PAPA. (\*)

Al repartirse el mundo los apóstoles para dilatado campo de sus conquistas por medio de la predicación del evangelio, san Pedro cabeza y príncipe del apostolado se reservó la mayor de las empresas, el apoderarse de la gentilica Roma y destruir el gran Capitolio fortaleza armada y terrible de los falsos dioses. Los maestros, los filósofos, los magnates de la capital del orbe pertenecían á la escuela de Séneca, del que escribió elegantemente en obsequio de su cruel discípulo Neron la apología de la muerte de su madre, y á la escuela materialista de Epicuro, no obstante su catálogo de treinta y dos mil dioses, plaga olímpica nacida de las supersticiones y degradación del pueblo. Sus filósofos tenían por regla con respecto á la humanidad aquellas palabras de Julio César, el mejor tal vez de sus grandes hombres: *La especie humana es una presa que pertenece al mas fuerte.* Allí gemía un inmenso pueblo de esclavos privados de todos los derechos y aun de la cualidad de hombres; y llegó á tal extremo la barbarie, que cuando la vida del esclavo duraba mas que sus fuerzas, la tan decantada prudencia de Caton enseñaba á matarle de hambre.

Esta era la célebre Roma, orgullosa señora de las naciones, que recitaba los versos de Horacio y Virgilio, donde acababa de apagarse

la voz de Ciceron, y donde Séneca y Tácito meditaban sus profundas sentencias. Pues esa Roma de César y Augusto, llena de monumentos, de riquezas, de obras de genio y de sabiduría, que estableció su imperio sobre la despoblación del universo, es la misma que Simon llamado Pedro, pescador de Galilea, con los pies descalzos, con el *Credo* en la boca y con Jesus en el corazón, vino á sitiarse, á tomar, á transformar, proclamando al Dios justo, al Dios tres veces santo, al Dios terrible y compasivo. En aquel reino del orgullo fué colocado el trono de la humildad; en aquel foco de corrupción, emporio de todos los vicios, amaneció el sol de pureza; en aquel centro de la tiranía quedó establecido el reinado de la libertad. Jamás podrán alegarse por nadie mejores derechos ni mayores títulos para poseer una ciudad ó un reino, como el que conquistó y transformó san Pedro y ha transmitido á sus sucesores. Es una soberanía de beneficios y no de violencia, de amor y no de fuerza, de paternidad y no de tiranía; fué adquirida derramando el conquistador su propia sangre, sin una gota de la extraña; lejos de haberla manchado diez y nueve siglos de posesión, fué siempre bien desempeñada; se levantó en fin sobre el sepulcro de un papa mártir, para que no se olvide de su destino el papa-rey. Ningun gobierno ha salido jamás tan legítima, profunda y lentamente de la naturaleza misma de las cosas como el poder temporal de los papas. Los si-

(\*) Este artículo guarda relación con el de *la Iglesia sin papa* publicado en el núm. 86.

glos, que todo lo destruyen, son los que le han robustecido, sin apercibirse de ello los mismos cooperadores. Roma, después de la pérdida de sus provincias y legiones, encontró su supremacía en el genio y fortaleza de sus pontífices.

La Italia, principal teatro de las devastaciones de los bárbaros, cuando se veía abandonada por los emperadores, no se libró ni salvó sino por el supremo jefe de la Iglesia, á quien se dirigió en sus grandes agonías. San Leon Magno fué el que detuvo á Atila á las puertas de Roma; otro tanto hizo con los longobardos Luitprando y Rachis el papa Zacarías. Los griegos, que trataban á Italia como á país conquistado de la manera mas arbitraria, al fin la perdieron sin haber sabido regirla ni defenderla; y Roma, que mil veces habria perecido sin el auxilio de sus pastores, se hizo cada vez con mas derecho y con mas ventajas súbdita de ellos en lo temporal. La Italia se debe á sí misma á los papas, como los papas se han dado á sí mismos á la Italia. Tienen que vivir unos para otros; y viviendo unos para otros, viven para la cristiandad. ¡Magnífico destino! ¡predestinacion gloriosa! Poseyendo el papa esos estados, que por su pequeñez á nadie debieran haber inspirado recelos, y bastante grandes por otro lado para poder conservar su independendencia, se cree asegurada la libertad de doscientos millones de súbditos espirituales; porque es tan susceptible en los católicos la conciencia, que si no vieran libre á su pastor supremo para mandarles, se creerian lastimados en ella, y quedaria ofendida su dignidad. La libertad y la dignidad de los católicos se hallan tan interesadas en que el papa sea independiente, cuanto que no deben someterse sino á las libres disposiciones de la conciencia libre de los papas libres. El pontífice rey, defendiendo su independendencia y el legítimo derecho de su soberanía temporal, no defiende el puñado de tierra que pisa, ni una corona que le abruma, sino la preciosa diadema de la libertad de todo el género humano.

Roma es el foco de la radiante luz que despide el supremo pastor de la Iglesia senta-

do en la cátedra de san Pedro, y esparciéndose por los ámbitos del mundo, el pueblo italiano recoge cada dia sus primeros y últimos resplandores. Siendo la Italia la amada hija primogénita del pontífice, participa de los dones que le envian sus humildes súbditos de todo el universo, y goza, aunque ingrata, de los beneficios temporales de que la ha colmado. Para ponderar debidamente las glorias de Roma bajo la estrella católica, bajo la estrella de los papas, bajo la estrella de Pio IX, basta aplicar á esa insigne ciudad los vaticinios de los profetas cuando veian desde lejos y saludaban á la nueva Jerusalem, mas santa, mas favorecida, mas engrandecida que la antigua, centro y corazon de la Iglesia católica, madre de todas las iglesias, sol que lleva trás sí todos los astros, ciudad iluminada por la misteriosa estrella que allí se paró y que no ha desaparecido aun, donde va á tributar sus homenajes el mundo católico. La verdad puso su asiento en la antigua ciudad de los Césares, donde le tuvieron antes todos los errores. Allí van á ofrecer sus obras hombres ilustres en genio y en saber; allí se posttran á los piés del primer monarca del universo los poderosos, los grandes, los casi omnipotentes; allí van las grandes inteligencias y los grandes corazones, al par con los humildes penitentes, considerándose tan ennoblecidos por ser hijos de aquella cuna levantada sobre sepulcros, que no se cambiarían por ninguno de los primitivos romanos, insignes en las armas y en el gobierno de la república.

Abi está la grandeza de Italia; ahí la de Roma, mayor de la que podria alcanzar, no digo ya siendo cabeza civil de un reino, sino aun siéndolo mas que lo fué antes, del universo entero. Imposible que haya otra soberanía mayor y mas sorprendente que la que ejerce por la fé y el amor sobre el orbe católico, que la oye como maestra, que la sigue como guia, y la obedece como reina. Las glorias de Roma cristiana, centro de la religion, sede y residencia de los papas, son mayores que las glorias de Roma pagana, señora del mundo y corte de los emperadores. Roma

tiene la gran dicha, la incomparable prerogativa de poseer y ser á la vez el centro de esa vasta esfera, en que se mueve todo el género humano llamándola madre; y la Italia, poseyendo el supremo pontificado y encerrando en su seno el principio de la unidad moral del universo, es también la madre de la humanidad. Tan grande es este destino, que es pequeña á su lado cualquiera otra idea ó aspiración. Y si todo pueblo, que se separa de esa nación madre, se seca y muere, ¿qué será de ella si abdica su destino providencial? Loca estará sin duda esa nación que ha intentado suicidarse.

No hay que estrañar, sin embargo, esa lucha terrible y los constantes asaltos de la tempestad, que sobre la débil pero inmortal nave de san Pedro permite la divina Providencia en sus eternos designios. Tampoco debe olvidarse que trás la tormenta viene la bonanza, y que Dios convierte el mal en bien utilizando en provecho de su Iglesia, que cuenta sus trofeos de gloria por sus persecuciones, las mismas maquinaciones que inventan sus enemigos para destruirla. No importa que la ciudad de Roma esté hoy invadida, y que sea privado el actual pontífice, no del derecho que es indestructible, sino del ejercicio de su soberanía temporal. Pio VII prisionero en Fontainebleau, no sin haber pasado por las mas horribles amarguras, regresó triunfante á la ciudad eterna en medio de los aplausos del mundo católico; mientras que Napoleon I se dirigia á un rincón de la tierra que le reservó la Providencia, para ser atormentado en sus soledades por las sombras de tantos miles de víctimas que su ambición habia sacrificado. También Pio IX reconquistará glorioso en su persona ó en la de su legítimo sucesor sus dominios, y al ocupar de nuevo su trono, lucirá con mas esplendor el poder temporal que por derecho providencial vienen poseyendo los papas. La historia del pontificado, que registra no pocos hechos de esta naturaleza, nos está diciendo que la misma borrasca que arrastra á un papa, envuelve despues y arrastra con mayor violencia á sus despojadores. «Vuestra majestad cree sin du-

da, dice Pio IX contestando á Víctor Manuel, que avanzando sobre Roma aumenta su poder: bien pronto sabreis lo que cuesta ser verdugo de un papa.»

Es verdad que en esa lucha, que no es de hoy, han tomado parte los intereses de un protestantismo agonizante, el indomable orgullo de la impiedad, los odios hereditarios, las preocupaciones políticas, la ignorancia presuntuosa, una mal entendida nacionalidad, el entusiasmo por ciertas teorías que pudiéramos calificar de sueños; pero debe de haber un principio mas profundo, mas general y mas conforme á nuestra naturaleza y á sus comunes inclinaciones, que todas esas causas parciales ó locales de disidencias. La razón fundamental de esa lucha es el miedo. Herodes, que buscaba al Niño-Dios, trató de matarle porque le temia: Víctor Manuel es el Herodes del siglo XIX que teme al anciano de Roma, como ha temido hasta hoy al vencido emperador, que mas por conveniencia que por adhesión custodió las puertas de la ciudad santa. Todo es miedo. Ninguna otra iglesia es temida, ni la pagana, ni la cismática, ni la protestante, ni por sus propios hijos ni por los hombres de estado ni por los disidentes; porque allí la iglesia es el estado, y viviendo sometida al estado no es institución divina sino humana, no es soberana sino esclava. El hombre colocado ante un poder que reconoce invencible y soberano, ó le respeta ó le aborrece; ó le persigue como Herodes al Niño-Dios, ó le adora como los Magos del Oriente. Es tan natural que se aborrezca lo que se teme, á menos de ser un temor saludable, como casi seguro de que trás el odio venga la persecución.

¿Y quién es capaz de comprender la desgracia de Roma, la de Italia y aun de Europa, desapareciendo de la capital del orbe católico la estrella de los papas? Sin ese luminoso astro, sin el pontífice supremo y sin sus altos destinos religiosos, Roma seria otra abatida Jerusalem; seria la ruina mas elocuente de la tierra, seria el montón de escombros de Babilonia y la morada solitaria de Tiro. Cuando no haya quedado á salvo ni un derecho ni un

legítimo interés, cuando rueden por el suelo las coronas que vemos bambolear sobre las cabezas de los monarcas, cuando todo haya sufrido oscilacion y eclipse, cuando se haya disipado el denso vapor que levanta al enojado cielo la ingratitude del pueblo italiano, preparando un nuevo Calvario al representante de Jesucristo en la tierra, la estrella volverá á brillar sobre Roma con mas vívidos fulgores.

Ah! no es esta permanente grandeza un ensueño ideal, no es poesía, no es creacion fantástica del poeta de Mantua pidiendo para su querida Italia el mejor destino de la tierra. No: es la mayor de las realidades, el mayor de los privilegios que la Providencia puede conceder á un país, es una especie de eternidad á parte post de la gloria de la religion que ha sustituido á la falsa eternidad de los triunfos de Roma militar, consular é imperial. Romanos seguirán llamándose los moradores de tantos pueblos, de tantas naciones y de ambos hemisferios, y *romanos* de todo el mundo mas bien que *romanos* de Italia los hijos de esta metrópoli, que todo continuará debiéndolo al pontificado, su emancipacion, su prosperidad, sus glorias, su gobierno y su independendencia.

Ciudadela—SEBASTIAN VIVES, PRO.

#### SOR LUQUESÍA DE SANTA MARGARITA.

Cosa es que tristemente impresiona el alma la repentina emigracion de los habitantes de una populosa ciudad, al esparcirse en ella el rumor de que acaba de entrar por sus puertas una enfermedad contagiosa. Parece desde luego que ya se percibe el olor de una atmósfera corrompida, y que por todos los ángulos de la poblacion se divisan las negras alas de la muerte que en su primera víctima se ha cebado. Parece que el instinto de la propia conservacion está tocando una campana de alarma, y las familias acomodadas, y aun las que esta calificacion no alcanzan, huyen dispersas sin que les retraigan ni las molestias que han de sobrevenirles, ni el temor de que sus recursos puedan faltarles,

ni la inseguridad del lugar que ha de servirles de refugio. Pues si entonces da pruebas ya de ánimo esforzado el que no cede al pánico general, y se toma el tiempo de convertir en prudente retirada la súbita y desalentada fuga, ¿cuál no será la fortaleza del que con tranquilo paso marcha contra la corriente, y desde un punto remoto, libre y sano se dirige al foco de la infeccion para dar allí ejemplos de la abnegacion mas sublime? Y si el que semejante resolucion adopta no puede obrar por su propio impulso, y necesita rogar é instar para que se le conceda como una gracia el permiso de llevarla adelante, ¿cómo no admirar el valor de tan heróico sacrificio? Estas ardientes súplicas eran las que dirigia á sus superiores hace unas pocas semanas la que hace ya algunos dias que descansa de sus fatigas en la paz del sepulcro.

Para algunos será desconocido el nombre que encabeza estas líneas: no figurará en las páginas de la historia contemporánea, donde los mártires de la caridad desaparecen bajo el crecido número de las víctimas de nuestras convulsiones políticas: quizás se verá omitido hasta en alguna reseña oficial ó facultativa de la dolorosa calamidad que á nuestra capital aflige; pero estaba hondamente grabado en la memoria de los que en los azarosos dias de 1865 frecuentaban el hospital de Capuchinos, conducidos allí por su caridad ó por su deber, no menos que en la de cuantos infelices tuvieron la suerte de repasar por su pié aquellos umbrales despues de haberlos atravesado tendidos en humilde camilla. No, á pesar de una larga ausencia y de la completa falta de relaciones familiares no se ha olvidado este nombre, porque no se borra fácilmente de la memoria lo que se lleva escrito en el corazon.

Margarita Esteva y Ferragut, hija de los consortes Antonio y María Ana abrió sus ojos á la luz del sol en la villa de Andraitx corriendo el mes de octubre de 1837. Naturalmente su porvenir hubiera sido el de una campesina, si las ideas piadosas sembradas en su inteligencia y los ardores de la caridad que chispeaban en su corazon no hubiesen despertado en ella una ardiente vocacion á la vida religiosa. La quietud del claustro y el reposo de la vida contemplativa no se avenian bien con el temple de su alma que necesitaba otro campo para desplegar su actividad y energía. Amar á Dios y manifestarle este amor con el ejercicio de un trabajo incesante y beneficioso para el prójimo, acumular bienes espirituales por medio del bien temporal que podia hacer á sus hermanos postrados en el lecho

del dolor, labrar su propia salvacion salvando algunas víctimas de las garras de la muerte corporal y tal vez de la muerte del alma, este era su bello ideal cuya realizacion práctica le ofrecia cabalmente la moderna institucion de las terciarias franciscanas, conocidas bajo el expresivo nombre de *Hijas de la Misericordia*.

El 10 de octubre de 1858 vistió su hábito azul y ciñó el cordon que le recordaba los vínculos con que iba á ligarse á las asperezas de una vida laboriosa, de completa abnegacion y de continuo sacrificio. En la iglesia del pueblo de santa Eugenia rompía de una vez con el mundo y sus vanidades, se desprendia de su pasada existencia, y hasta pudiera decirse que se despojaba de su primitivo nombre, si al tomar el de Luquesia, en honor del beato Luquesio, uno de los primeros afiliados á la tercera órden del séráfico patriarca, no se le hubiese conservado la advocacion de su santa patrona.

Cuales serian las esperanzas que infundia á sus superiores la fervorosa novicia fácil es de comprender recordando que verificó su profesion el 25 de diciembre de 1859 y el 28 del mismo mes se embarcaba para Ceuta con otras cuatro religiosas de su misma congregacion acompañadas del presbítero D. Rafael Barrera. Nuestros valientes se batian en el territorio africano; pero á mas de ser el blanco de las balas marroquíes tenian que habérselas con un enemigo mas cruel y formidable. La intemperie les azotaba con ruda saña: el cólera les dieztaba sin piedad alguna. Nuestras hijas de la Misericordia ejercitaban su infatigable caridad en los hospitales de Ceuta, asistiendo á los heridos y á los enfermos y arrostrando el inminente peligro de muerte con una fortaleza de ánimo que en nada cedía á la bravura militar del mas intrépido guerrero. Allí sor Luquesia hizo, por decirlo así, sus primeras armas, y por cierto que al regresar á Mallorca en junio del año siguiente bien puede afirmarse que vino coronada de laureles. No eran estos menos nobles y preciosos que los que ceñian nuestras tropas terminada la guerra con su triunfo. Laureles son que si algunos hombres, séres de maledado corazon, pueden tenerlos en poca estima, los ángeles los admiran y Dios los transforma en coronas de gloria imperecedera.

Pasando por alto los méritos contraídos por sor Luquesia en las casas de particulares á que era llamada para asistir á los enfermos, nuestra imaginacion naturalmente se fija en el hospital erigido en el ex-convento de Capuchinos donde por primera vez tuvimos el honor y la satisfaccion de conocerla. Ella

estuvo allí desde su instalacion en los primeros dias de setiembre de 1865, y nada tan admirable como la serenidad de aquella muger varonil en medio de la consternacion general producida por la invasion y súbito desarrollo del cólera asiático, y en medio de la confusion y de algunas faltas de utensilios y de arreglo imprescindibles en aquellos primeros momentos. Parécenos todavía estarla viendo en la postura mas incómoda teniendo sobre el desnudo suelo una inmensa palangana que iba llenando de tazas de caldo para repartirlas ella misma en las dos salas de enfermos. Parécenos estarla viendo siempre atareada y siempre jovial, aliando en sus palabras la virginal modestia y un no vulgar despejo, seduciendo, por decirlo así, con los atractivos de su carácter humilde, afable, expansivo y ageno á todo resabio de afectacion y gazmoñería. Presidia á sus compañeras, y este cargo no le servia para aligerar su trabajo sino para cargar con mayor peso y alentar con el ejemplo á sus hermanas y demás enfermeros. Y como si el recinto del hospital de capuchinos fuese demasiado estrecho para su caridad escapábase algunos ratos que podia para prestar sus auxilios á otros que atacados del cólera esperaban la muerte en su domicilio. Y ni el deber de recibir las prescripciones medicas, ni la parte que tomaba en la administracion del establecimiento, ni otros mil cuidados que sobre ella pesaban imponian un freno á su actividad: ni siquiera la interrumpieron ni mermaron los agudos dolores de un panarizo que sufrió en aquellos dias y que no arrancaron de sus labios ni una queja. Cuando se ama á Jesucristo, con qué valor por él se padece! A la vista de esta muger verdaderamente fuerte, sentia uno brotar en su interior una fuerza desconocida y las precauciones que dictaba el natural apego á la vida se presentaban como una deshonrosa cobardía.

Los que aborrecen estas magníficas instituciones del catolicismo es porque no las conocen, si así no fuese mal pudieran denigrarlas y perseguirlas con tan rudo encarnizamiento. Si algun dia postrados en el lecho del dolor experimentan sus efectos de seguro que cambiará mucho el rumbo de sus ideas, y esta consideracion debiera bastarles para salir de su engaño. Torcida es hartas veces la lógica de la prosperidad y de la vida; pero nunca suele equivocarse la lógica de la tribulacion y de la muerte.

Cerróse el hospital de Capuchinos el dia 9 de noviembre, y sor Luquesia y sus compañeras se retiraron á los pueblos interiores de la isla. Ninguna recompensa humana habian recibido mas que un

húilde sayal que les costeó el ayuntamiento (\*). Desde entonces acá rarísimas veces la habíamos visto. En su residencia de la villa de Santañy continuaba ejerciendo sus oficios de ángel de caridad, frase harto manoseada, pero que no sabemos cambiar con otra más expresiva. Si los laureles que había conquistado fuesen puramente humanos, bien podía dormirse sobre ellos; pero al rumor de que la fiebre amarilla se desarrollaba en Palma, ardió en vivos deseos de entrar otra vez en campaña. Suplicó, reiteró sus instancias, y al fin ya muy entrado el octubre consiguió de sus superiores que la permitiesen venir á Palma para dar una nueva prueba de su infatigable celo, prueba que debía ser la última, según estaba ya escrito en el libro de las recompensas celestiales. Dirigióse á la casa del Rdo. Economo de santa Cruz atacado del *tifus icterodes* juntamente con dos hermanas que le habían servido, y allí no limitó su asistencia á estos enfermos, sino que volaba á prestar sus auxilios á otros enfermos del mismo barrio donde la enfermedad reinante se desplegaba con mas intensidad y fiereza. Los ardores de su caridad la impelían para hacerse superior á las fuerzas de la flaca naturaleza; pero sucumbió en esta desigual lucha y el 30 de octubre se sintió rendida de cansancio y postrada por el mismo mal con quien tan heroicamente había combatido. Nada pudo salvarla: ni los solícitos cuidados de la madre y hermanas del Sr. Economo, ya convalecientes y á quienes ella con tanto cariño había asistido, ni los auxilios de la ciencia prestados con indecible celo por el facultativo D. Antonio Gelabert que entrañablemente la quería por haberla podido conocer á fondo cuando tenía á su cargo el hospital de Capuchinos. El día 3 de noviembre á las dos y cuarto de la tarde se durmió en el ósculo del Señor, falleciendo á los treinta y tres años, edad en que según la tradición murió también su divino esposo. ¿Debemos pedir para ella oraciones? Así la Iglesia nos lo aconseja. ¿Debemos pedir para ella lágrimas? Todo nos induce á creer que es tan dichosa!

Los juicios de Dios son inescrutables. La muerte! ¿Es esta la recompensa que sor Luquesia merecía? Solamente los que están destituidos de creencias religiosas pueden hacerse esta pregunta, y esta basta

(\*) Para que se vea á donde llega el desinterés de estas pobres religiosas, baste decir que varias veces insistimos, y estábamos facultados para hacerlo, en que suprimiesen las raciones que les suministraba su casa ó residencia y participasen del alimento mas sustancioso y agradable que el establecimiento proporcionaba á los convalecientes y empleados; este ahorro, que tan bien hubiera venido á una comunidá tan escasa de recursos, nunca quisieron admitirlo.

para hacer ver las aberraciones de su sistema. Somos muy cortos de vista, y parecenos que la Providencia es injusta permitiendo que sucumban en el peligro los que solo para su gloria y para bien de la humanidad se resuelven á desafiárselo. Parecenos que debiera cubrirles una égida invisible: que Dios debiera obrar un continuo milagro para preservarles de las leyes que rigen la naturaleza. Pero si así fuese ¿cuánto mérito no perderian su abnegacion y su desprendimiento? Cuánto no se rebajaria su sacrificio, si pudiesen abrigar la esperanza de que este no llegaria al de dar su propia vida por sus hermanos. El ejemplo de los que perecen en la brecha aquilata el valor de los que siguen sus huellas. Y así debe ser, porque saben que no les impulsa la confianza de vivir largamente en la tierra sino la ardiente fé que les hace entrever una corona de inmortalidad.

T. AGUILÓ.

**LLAMAMIENTO DE LA ASOCIACION DE CATÓLICOS DE ESPAÑA.**

La junta superior ha dirigido á las de las provincias el siguiente llamamiento:

«La junta superior de la asociacion de católicos en España, poseida del profundo dolor que hoy aflige á todos los buenos católicos, y en vista de las invasiones y despojos sacrílegos cometidos en Roma, y de la situacion tristísima á que está reducido el romano pontífice, privado de todo poder temporal y de libertad para ejercer en su amplitud y con toda seguridad el espiritual, se ha creído en el deber de ejecutar todo cuanto posible sea para que cesen aquellos despojos y aquellas opresiones.

Entre los diferentes medios que ha creído hoy mas proporcionados al fin, además de la oracion, ha sido uno el de dirigir, como ya lo ha hecho, una exposicion á las cortes constituyentes, solicitando una cooperacion en tan importantísimo asunto, y otro dirigirse á las asociaciones católicas de España, de las demás naciones de Europa y de los estados de América, invitándolas á hacer una manifestacion colectiva de dolor y pidiendo la restauracion de los bienes y derechos de que la Iglesia y el vicario de Jesucristo han sido tan injustamente despojados.

Confiamos que todas las asociaciones católicas acudirán á este llamamiento, y confiamos también que á él se adherirán las corporaciones religiosas de España de un modo colectivo y no por suscripciones individuales. También es de desear que las clases todas, aristocracia, caballeros de las órdenes, los hombres de ciencia y demás análogas, secunden estos esfuerzos, que mas que en provecho de la Iglesia y del papa, redundan en beneficio de sus hijos.

¡Dichosos nosotros si vemos el día en que podamos decir: «Hicimos cuanto pudimos; acudimos á Dios, único auxilio nuestro, y el mundo se salvó, salvando la libertad de la Iglesia y del vicario de Jesucristo.»

Las asociaciones católicas nacionales y extranjeras pueden dirigir sus adhesiones al secretario de la junta superior de la asociacion de católicos en España y Madrid.»

La imponderable emigracion que en esta ciudad ha producido la epidemia que la aflige, y la dis-

persión de sus moradores por el ámbito de la isla, no permiten en estos calamitosos momentos reunir la junta provincial de las Baleares ni menos una asamblea general de socios para corresponder eficazmente á la iniciativa de la junta de Madrid. Pero como director de la UNIDAD fundada para constituir el órgano de las asociaciones de esta provincia, cuya confianza me lisonjeo de haber conservado, á nombre de ellas y de cada uno de sus individuos, me apresuro á adherirme á la precedente invitación. Mas aun; si la urgencia del tiempo lo consintiera, me habria atrevido á proponer que semejante protesta sirviese al propio tiempo de manifestación, bajo el punto de vista religioso y prescindiendo de toda mira é interés político, contra la fatal candidatura que ofrece al trono de España al hijo del despojado del padre santo, haciendo hasta cierto punto cómplice á nuestra patria de la usurpación de Roma. Pero no; el cielo nos librará de este postrer oprobio.

J. M. QUADRADO.

## CRÓNICA.

De una carta de Roma fecha del 25 y publicada en la *Epoca* tomamos lo siguiente:

«Una de las afirmaciones que con mas insistencia se ha repetido en los diarios de Italia y de otras naciones, es que su santidad ha recibido de la administración de Víctor Manuel la suma de 50,000 escudos que le han sido entregados á cuenta de su *lista civil*. Esta noticia así publicada puede inducir á gravísimo error, porque puede creerse que el papa ha recibido aquella cantidad como una donación del gobierno de Florencia, ó como una donación satisfecha por este, y ni una ni otra cosa son ciertas. La verdad completa es la siguiente. Al santo padre le estaban asignados en el presupuesto pontificio existente antes de la invasión 50,000 escudos romanos mensuales, cuya partida se pagaba por el tesoro, mediante mandato, ó sea libramiento del prefecto de los sagrados palacios apostólicos. Al llegar el 1.º de octubre, el cardenal Antonelli que ejerce este cargo, fuerte con su derecho y haciendo uso de él, espidió el mandato de pago en la misma forma y con las mismas circunstancias acostumbradas, enviándole al tesoro pontificio, no obstante haberse apoderado de él los invasores, y estos entregaron la cantidad sin hacer oposicion alguna. El prefecto de los sagrados palacios apostólicos hizo en 1.º de octubre lo mismo que habia hecho en todos los meses anteriores y de idéntica manera, porque no reconociendo la legalidad del secuestro realizado por los emisarios del gobierno de Florencia, y considerando existente el tesoro pontificio, giró contra este la suma acreditada en el presupuesto de los estados del papa anterior á la usurpación.

Véase cuán distinto juicio debe formarse de este acto, del que pretenden formar los periódicos italianos. Y aquí conviene hacer constar, para que se sepa por gran número de personas, que además de los seis millones de pesetas que ocuparon los invasores en el tesoro público, tomaron tambien cerca de cinco millones del *dinero llamado de San Pedro*, el cual no pertenecía al estado de Roma sino que era exclusivamente propio del santo padre, como que procedía de los donativos hechos por los católicos de todo el orbe al jefe supremo de la Iglesia. El hecho de haberse apoderado los in-

vasores de este tesoro particular de su santidad constituye un acto penado en todas las legislaciones y tiene un nombre especial que no quiero estampar en esta carta.

Explicado ya el hecho de haber recibido el prefecto de los sagrados palacios apostólicos la suma de 50,000 escudos entregada á principios de este mes, debo de hacer presente que esa partida no está destinada solamente al sostenimiento de la casa de su santidad, porque esta se sostiene á poca costa por estar ordenada de una manera honestísima y humilde en todo, sino que con tal asignación se cubran los gastos y las dotaciones de la cámara pontificia, de los eminentísimos cardenales, de las nunciaturas y delegaciones, de los cuerpos de la guardia noble, de la guardia suiza y de la guardia palatina, de las secretarías de estado y de diferentes departamentos, de la custodia y entretenimiento de los museos y galerías de los palacios apostólicos, de la restauración de diversos monumentos, de la conservación de los edificios del Vaticano, del Quirinal, de la Consulta, de San Félix, de Castel-Gandolfo y otros, de las pensiones concedidas á servidores inutilizados y á familias de los ya fallecidos, y de multitud de dependencias indispensables para el servicio de la autoridad pontificia, que no pueden ni deben desaparecer, y á que es preciso procurar los medios de sustentarse.

Los decretos publicados sobre libertad de imprenta y sobre otras libertades, tan solo han servido hasta ahora por la circulación de libros, folletos y hojas sueltas llenos de páginas y conceptos anti-católicos, obscenos é inmorales, que cubren de rubor á los buenos ciudadanos de Roma.

Las estampas mas inmundas están fijadas en las portadas de muchas tiendas improvisadas y en las paredes de los edificios: los papeles mas groseros se publican á voz en grito por las calles. Estos excesos, la desfachatez con que pasean las plazas y las vías públicas multitud de mujeres prostituidas hasta el último grado, y los escándalos frecuentes que se dan hasta en las puertas de los templos, han constituido á esta población, antes tan morigerada y pacífica, en una pestilente ciudad, lo cual no es de extrañar al saber que han venido en un mes á Roma sobre 60,000 soldados no muy disciplinados, 20,000 aventureros de todas partes y mas de 6,000 mujeres de mala vida y de peores costumbres. En cambio no hay un extranjero importante de aquellos que venian á rendir homenaje al padre comun de los fieles y á visitar los monumentos de la antigua metrópoli del mundo y de la capital augusta del catolicismo. ¡Pobre Roma!

El prestigio del rey Víctor Manuel es tan escaso, que apenas se oye á los invasores hablar de monarquía, y por el contrario, en impresos de toda clase y en conversaciones de todos los corrillos de los dominadores, se escribe y se habla descaradamente en favor de la república, cuyos beneficios se ensalzan y se enaltecen de todos modos. La opinion de los revolucionarios, en su inmensa mayoría, es que no puede ni debe subsistir el gobierno real y que inmediatamente debe constituirse un gobierno republicano. Roma, dicen los que se agitan y dirigen á las turbas, no puede ser de un rey, es preciso que sea del pueblo y que se establezca en ella una popular dirección suprema. La idea del establecimiento de la república está encarnada en las gentes de acción que mandan, y con ella se une la idea de perseguir al catolicismo, que es el fin principal de los revolucionarios. Sus actos constantemente lo demuestran. Los ataques á la religion católica y á los preceptos de la santa Iglesia son frequentísimos, y mejor pudiera decirse incesantes. Los sacerdotes son insultados, y algunos fueron asesinados: los prelados no pueden presentarse en público con sus propios trajes: los lugares santos son profanados: las casas religiosas han sido invadidas: las ceremonias del culto han sufrido un desprecio.

Y el Sr. Visconti Venosta osa decir en un documento oficial que en Roma se disfruta de completa libertad! ¡Qué sarcasmo! El gobierno de Víctor Manuel ha conocido la fatal impresión que ha hecho en los católicos la imperiosa necesidad en que se ha visto el santo padre de suspender las sesiones del concilio del Vaticano, cuya suspensión es otro de los gravísimos males que á la Iglesia y á los estados ha de irrogar la invasión de Roma, y ha querido dar á entender

que los actos de ilegalidad y de barbarie ejecutados del 12 al 20 de setiembre no coartan la facultad de reunir los padres del concilio, cómo y dónde quieran, dentro ó fuera de Roma.

Precisa en todo la falta de... pudor de un ministro revolucionario para decir al mundo que en la ciudad, capital del catolicismo, pueden hoy celebrar sesiones los padres de la Iglesia, cuando es público y notorio que los preladós tienen que disfrazarse para salir de sus casas, que los sacerdotes son ultrajados y amenazados y asesinados, que los conventos se ven asaltados y que la seguridad personal depende de la voluntad de los bandidos, dueños de la población. Se sube la sangre á la cabeza al leer documentos tan desvergonzados como la circular del Sr. Visconti del 22 último. ¡Libertad en Roma para reunirse el concilio, siendo así que esta carta, como las anteriores, me veo obligado á enviarla á V. con las precauciones que sabe! ¡Qué procacidad!»

Dicen de Roma que aunque se sabe que los católicos envían al papa multitud de cartas con ofrendas, ninguna llega á su destino. Si los italianos no pueden apoderarse de los giros, los destruyen á fin de aumentar los trabajos del prisionero.

Se avisa pues á los católicos que adopten otros medios de subvenir á las necesidades del padre santo, rogándoles que envíen sus ofrendas por medio de banqueros ó de personas de confianza.

El gobierno italiano, dice una carta de Florencia inserta en *l'Univers*, está literalmente desesperado despues de la invasion de Roma. Las dificultades crecen, se multiplican, aumentan por todas partes, y nadie se atreve á tomar resolución alguna. Lamármora envía despachos sobre despachos pidiendo que le releven de su puesto. Nada se le responde: se espera, se discute y no se llega á ninguna decisión. Los ministros actuales piensan mucho en su ex-colega del ministerio de la guerra, Sr. Govone, quien despues de haber tomado todas las medidas necesarias para el ataque de Roma, se ha vuelto loco y acaba de arrojarle por un balcon de su casa de campo de Asti. Cabezas mas fuertes que las de Víctor Manuel y sus ministros no han sabido resistir la maldición de Dios que atrae siempre la usurpación sacrilega de la ciudad eterna.

El rey retarda todo lo posible su vuelta á Florencia, porque comprende bien que tan luego como entre en el palacio Pitti, se verá rodeado y estrechado por la secta que trabaja horriblemente para arrastrarle á Roma. El rey siente que el Capitolio es el lugar en que empezará la espriación: como el toro conducido al matadero, gime, retrocede; pero la secta es inexorable: el desdichado le ha dado juramento, y es preciso que obedezca: irá al Capitolio.

Varias correspondencias publicadas en los periódicos revolucionarios confirman los temores y confusión que reinan entre los ocupadores de Roma. En una del *Imparcial* se lee:

«Por mas que parezca absurdo é imposible, Mr. Bismark se propone restablecer á Pio IX en el trono de Roma.

La restauración del poder temporal del papa devolvería á Prusia las simpatías de la Baviera católica, en donde continúan protestando contra la absorción de Alemania por la casa de Hohenzollern.

Las objeciones y reproches que el embajador prusiano en Florencia dirige al gobierno del rey Víctor Manuel con motivo de los voluntarios italianos, que dice aumentan todos los días las tropas francesas mandadas por Garibaldi, son en resumen pretextos que se van amontonando para justificar mas tarde una combinación contraria á la unidad italiana.»

La *Iberia* trae otra que contiene estos párrafos: «Ni se publicó el estatuto á la raíz del plebiscito, ni se asimilaron en todo las ex-provincias pontificias á las restantes italianas, ni se ha hecho nada respecto á las corporaciones religiosas. En fin, todo lo que hasta hoy se ha dispuesto ha sido introducir las leyes mas dolorosas, esto es, las de hacienda y poner tales restricciones á las demás publicadas,—que bien

pocas son,—que se hallan disgustados los liberales y no satisfechos los papalinos. Ahora empieza á temerse la presión de algunas potencias que quieren imponer su voluntad para dar gusto á sus súbditos católicos, ó para empezar á ejercer la influencia que perdió Francia; y ¡Dios quiera que aquella falta de concepto y decisión y estas ingerencias creadas por las mismas no vengán á suscitar serios embarazos á la gran resolución tomada el 20 de setiembre!

Al fin se ha conseguido por el partido clerical poner de acuerdo Prusia, Austria y Rusia para escribir una nota colectiva á Florencia respecto de la que fué cuestión romana. El 24 llegó esta nota á Florencia, y en ella respondiendo á la circular del Sr. Visconti-Venosta, declaran las tres potencias citadas que las garantías que trata de dar al papa el gobierno italiano deben recibir su consentimiento. También parece que un alto personaje ha hecho saber al papa que si se ocupó Roma porque así lo exija la opinión pública, se está dispuesto á darle todas las garantías que las potencias consideren suficientes.

*Aunque no soy profeta*, auguro muchas dificultades á Italia y á Europa si no se sale pronto, muy pronto, de esta situación, que pareciendo ser hábil y estudiada, en realidad no es prudente ni patriótica.»

A la raíz de la ocupación de Roma era muy probable que el papa y su corte, aturdidos por el hecho que nunca esperaron de verse desheredados por sus mismos súbditos, sufriesen también resignados la entrada del rey en la que fué su capital; así como es hoy muy difícil que lo sufran al comprender que se les tiene miedo, y cuando ya rehechos del golpe *acarician el deseo de la venganza (!!!)* y ven la perspectiva de una revancha.....

Como complemento de esto, añade *La Correspondencia*: «Una carta de Roma que publica la *Gaceta de Italia* asegura que todo el cuerpo diplomático acreditado cerca del papa, es contrario á la idea de que Roma sea capital de Italia, asegurando los representantes que sus respectivos gobiernos se opondrán á este proyecto, permitiendo á lo mas que Roma sea capital nominal del reino itálico.»

Entre las grandes cuestiones que el gobierno italiano quisiera resolver con la prontitud posible, cuéntase la relativa á los institutos religiosos. El ministro de gracia y justicia Sr. Raeli en una circular publicada en los primeros momentos de la agresión, hizo una escepción en favor de esos institutos religiosos; escepción hecha también por el rey Víctor Manuel en su carta al papa. Pero despues se ha visto que habian sido demasiado hidalgos en prometer, y que sin poner la mano en los conventos, la instalación del gobierno en Roma no sería posible hasta dentro de cinco años lo menos.

Era preciso pues retroceder de esta promesa, y el señor Mamiani se encarga de ello en una correspondencia publicada esta mañana y que trata concretamente la cuestión de los institutos religiosos. El Sr. Mamiani no vacila en declararse en favor de la supresión de lo que se llaman manos muertas, y no accede sino á que una parte de los fondos que quedaran disponibles despues de la supresión serán destinados á la dotación del papa. Se dejará á los institutos religiosos en libertad de agruparse al rededor del Vaticano en un espacio determinado de terreno, pero sus actuales conventos serán incautados por el gobierno italiano que dispondrá de ellos segun sus necesidades y conveniencia.

Tal es el plan que el Sr. Mamiani esplana en su correspondencia dirigida á la *Opinione*, y que no puede considerarse sino como expresión de la idea del gobierno.

El Sr. Mamiani al terminar su artículo, dice que el papa se negará á todo; pero que esto no ha de ser óbice para el gobierno italiano en la realización de su programa, en el que figura la supresión de las comunidades religiosas.

Los jesuitas de Roma, segun un telegrama de Florencia, van á habitar en Prusia.

PALMA.—Imprenta de Guasp.